

**Sobre si el "espíritu destructivo" afecta a las cosas o a la memoria.
En torno a la literatura inútil**

José Luis Narvaja sj

1. Debo confesar que me apunté para estar hoy aquí con una intención puramente platónica. La expresión "amor platónico" es una frase hecha que usamos para expresar un amor que no llega a los bofes. Pero no es una afirmación del todo exacta, al menos en el punto donde pone el acento. El amor para Platón es un *eros*, una búsqueda. Búsqueda del bien y búsqueda de la verdad. Pero por un lado esta búsqueda no puede ser solitaria: sólo se llega por la dialéctica, es decir por el diálogo. Y es una búsqueda infinita, pues dura hasta la muerte, por tanto es un poco como la paradoja de Aquiles y la tortuga.

Decía –entonces– que me he apuntado para estar aquí y dialogar con ustedes. Por eso trataré de hablar brevemente. Luego dejaré lugar para el diálogo.

Pero Platón no entra aquí sólo a causa de su erotismo.

Como tendrán ustedes ocasión de ver, Platón aparecerá siempre como contexto o como horizonte. No debemos perder de vista este hecho, casi metodológico.

2. Voy a hablar del "espíritu destructivo" inspirándome en la expresión "carácter destructivo" de Walter Benjamin. No se me escapa que la expresión "espíritu destructivo" les hará recordar la expresión de Bakunin: "la revolución destructivamente creadora", donde su espíritu radicalmente comunista coincide con lo más profundo del evento cristiano que afirma que si el grano de trigo no muere no da fruto, como señala agudamente Przywara. Veremos enseguida cómo se encuentran estos dos pensadores.

Cuando Walter Benjamin habla del "carácter destructivo", lo hace desde una perspectiva espacial. Dice que la actividad fundamental del carácter destructivo es hacer limpieza y su intención fundamental es crear espacio.

Sin embargo hay una referencia al tiempo que me parece nos puede servir como punto de partida para nuestro diálogo de hoy.

Digamos que hoy les propongo hacer un ejercicio filosófico en el ámbito académico donde un profesor –que no es profesor de filosofía– se pone en diálogo con estudiantes de filosofía –que no son sus estudiantes– para ver adónde nos lleva una frase de W. Benjamín. Este es la propuesta.

3. La frase de Benjamin que me interesa dice que el "carácter destructivo" es el espíritu de todo tradicionalismo. Lo dice él y lo hace con las siguientes palabras: "El carácter destructivo está al frente de todo tradicionalismo".

Un poco como Bakunin.

Porque "tradicionalismo" de ninguna manera se refiere a izquierda o derecha, sino que hace referencia a un atrás. Es una forma de relacionarse con el pasado. Para Benjamin y para Bakunin se trata de una relación con el pasado caracterizada por la "destrucción".

Es verdad que el guardar corresponde al espacio y el destruir es propio del tiempo.

El tiempo debe destruir el presente para que el futuro pueda volver... cada vez de nuevo, a ocupar su lugar. Y sin embargo el tiempo también se relaciona con el guardar, es decir con el espacio.

Porque la coordenada temporal en su destrucción destruye constantemente todo lo que está en ese punto del ahora, para recrear todo nuevamente en el punto siguiente, de manera que llega un momento en que algunas cosas son recreadas y otras no. Muerte y olvido, son destrucción según las categorías de Benjamin. Pero si queremos pensarlo positivamente con Bakunin, podemos decir que lo que existía en el instante anterior, no ha sido recreado en este nuevo instante.

4. Agustín estudia este tema en las *Confesiones*. Dice que el tiempo es una delgada línea o más bien un punto por donde el futuro –que aún no existe– fluye hacia el pasado –que ya no existe–.

Del no ser al no ser y sin embargo hablamos de un futuro y de un pasado. Futuro y pasado que sí existen en el "animus" –lo que hoy llamaríamos conciencia– donde espero lo que vendrá y recuerdo lo que ha pasado.

La conciencia, el yo –modernísimo Agustín– es la pervivencia de lo que ya no existe, la anticipación de lo que todavía no existe.

5. Ahora sí, fíjense en lo siguiente: lo que ya no existe –es decir el pasado– está compartido entre la memoria y el olvido.

Y por eso el pasado para despertar la memoria necesita "monumentos" y "huellas".

Estos monumentos y huellas desencadenan un mecanismo que llamamos "memoria"

y a partir de ellos la conciencia reconstruye lo que ya no es. Pero además de reconstruirlo –esto es historia–, explica su sentido –esto es historiografía–.

Y aquí surge el "relato", que es esa explicación del sentido de los monumentos.

6. Hemos encontrado hasta el momento que el tiempo destruye tiempo y espacio. La memoria y la conciencia –sin embargo– mantienen la unidad del sentido. Y la forma de esa memoria y ese sentido es el relato –esto es la literatura–. Hemos rescatado –de esta manera– los conceptos de nuestro título: Los elementos de nuestro teorema. Veamos cómo podemos dejar que nos cuestionen.

7. Y nos interesa preguntarnos ahora qué relación hay entre lo (destruible) –y pongo el acento en el “lo”– qué relación hay entre ese objeto contingente (que puede estar o no) con el sujeto (que puede destruirlo o conservarlo, por una parte; o que puede conocerlo o desconocerlo, porque ha sido destruido o conservado).

Se dan cuenta que hay dos niveles: (1) por un lado, el que destruye o conserva; (2) por otro lado, el que sufre la consecuencia de que otro haya conservado o destruido.

Pongo un ejemplo: en el año 98 visité a un exalumno que vivía en Nueva York. Trabajaba en una de las torres gemelas. Después de almuerzo lo acompañé hasta la oficina y allí nos despedimos. Conocí su lugar de trabajo, impresionante por su arquitectura, su tamaño o lo que quieran. Pero dos años después se convertiría en un símbolo cargado de sentido. Yo no lo sabía, no podía intuirlo. Debía desaparecer para serlo, no lo hubiera sido si no hubiera sucumbido al espíritu destructor.)

Pero este es un caso muy complejo. Para nuestro ejercicio quiero volver a algo más simple. Los invito a pensar en LO destructible en cuanto podría conservarse.

8. Cuando en el Fedro Sócrates cuenta el mito de Teuth acerca del origen de la escritura, dice que Theut pretende vender su invento como un remedio para ayudar a la memoria. Thamus

–el padre de los dioses– que escucha la propaganda de Teuth a favor de la escritura, se opone totalmente a este invento, pues dice que en vez de ser una ayuda, terminará produciendo el efecto contrario.

Como ustedes saben, en griego, la palabra “fármakon” –que es la palabra que usa Teuth para decir que la escritura es un remedio para la memoria es decir para fortalecer a la memoria en su debilidad–, la palabra “fármakon” –decía– significa también veneno –que es el sentido en que la usa el padre de los dioses–.

El "remedio" (fármakon) puede ser "veneno" (también fármakon). Tratemos de pensarlo como un griego: el fármakon que se nos ofrece es ambiguo, puede sanar, fortalecer, pero puede también matar.

9. En el trasfondo de esto hay un concepto que me parece fundamental. El libro es un “instrumento” –un organon–, una "extensión del hombre" que concede mayor fuerza a la debilidad de la naturaleza, como el martillo para la mano, el telescopio para el ojo y el teléfono para el oído.

Pero para Platón y Aristóteles y hasta la Edad Media, no existe la idea de distancia –es decir, de distinción– entre el instrumento y el sujeto que lo usa. Organon es para Platón y Aristóteles el martillo con la mano que lo empuña.

De esta manera, se entiende por qué para Platón el libro es un veneno para la memoria.

A la memoria viva que es el alma se le incorpora un suplemento, el libro, de materia no-viva o mejor dicho, de materia muerta (ya sea vegetal como el papiro, ya sea animal como el cuero de oveja de los pergaminos).

De esta manera se forma una memoria híbrida (que con su raíz *hybris* nos expresa el juicio que merecía entre los griegos) que sólo produce veneno y muerte = tragedia.

El resultado para Sócrates, sin embargo, no es la muerte, sino algo peor que la muerte: el error. El que repite como un libro lo que leyó, pero no ha logrado escribirlo en el alma, es más dañino para la vida de la ciudad que el ignorante.

El que cree que sabe y posee una apariencia de sabiduría es el peor daño para la vida social. Y eso no sólo en la época de Sócrates y en la época de Platón. Por eso, cuando nosotros decimos que una persona es "un libro abierto", Platón se habría agarrado la cabeza. El libro solo repite y repite lo que no sabe. Un hombre que repite lo que oye es un libro abierto, para Platón... mejor cerrarlo.

10. En la Edad Media se da un cambio en el concepto de "Instrumento".

Cuando en el siglo XII Hugo de San Víctor describe las artes mecánicas, habla del “instrumentum” poniendo una distancia y distinguiendo entre el artesano y el instrumento del que se sirve. Sin proponérselo y sin pretender sacar consecuencias de sus afirmaciones, sin embargo, transforma un mundo conceptual. El libro es un instrumento que ofrece el saber de otros. Dice Hugo en el *Didascalicon*: "Lee todo, verás luego que nada es superfluo".

Hugo sigue la tradición de los retóricos latinos que describían la memoria como un edificio en el que había que ubicar en cada lugar, en cada recámara, en cada patio, en cada sala, los datos que se querían recordar. El arte de la memoria con sus ejercicios servía no sólo para poder guardar los datos, sino también para poder acceder a ellos con la mayor rapidez posible. Llama la atención, sin embargo, cómo para esta tradición, la memoria es de alguna manera espacio y en ella, por tanto, el saber sí ocupa lugar.

11. Los invito a saltar unos cuantos siglos. En la segunda mitad del siglo XX se desarrolló un nuevo cambio en el contexto conceptual. La teoría de los sistemas (Bertalanffy), con su

intención de explicar realidades complejas, hace desaparecer nuevamente la distancia entre el sujeto y el instrumento. Un sistema es una unidad de función. Esto quiere decir que una función o funcionalidad da unidad a elementos que, desde otro punto de vista, podrían considerarse separados.

Por ejemplo una persona que pasea un perro. Tenemos un sistema conformado por la persona, la correa y el perro. Parece ridículo, pero si el perro agrede a alguien, la persona que lo pasea no sólo es responsable por ser el dueño, sino porque forma parte del sistema agresor.

Pero volvamos a considerar –ahora en este nuevo contexto– la memoria y el instrumento que ayuda a la debilidad de la memoria.

En este tercer entorno conceptual, daría la impresión de que nos encontramos de nuevo en la situación de Platón: el soporte electrónico se ha convertido verdaderamente en una "prótesis" de nuestra memoria. Basta mirarlos a ustedes en el recreo...

12. ¿Qué hemos hecho nosotros hasta el momento en nuestro ejercicio filosófico? Nos hemos distinguido y nos hemos asimilado a distintos momentos de la historia, y así hemos visto de qué manera la pregunta del presente se asemeja o no a la pregunta del pasado.

En efecto, en este momento nos sentimos más cerca del problema de Platón que del problema de Hugo.

Pero veamos la intención de unos y otros.

Sócrates propugnaba una ciencia sin libros, porque el libro es sumamente destructivo. Es veneno, porque tiene una intención de fondo "pecaminosa" –una *hybris*–. La verdad no es la que se repite como un loro –como hacen los libros–, sino la que se graba en el alma y desde el alma es capaz de conferir al hombre el ser verdaderamente hombre y a la ciudad ser forjadora del bien común. (Esto está en el Fedro, no es conclusión mía)

Hugo, en cambio, proponía leer todo. Luego se vería su utilidad. Era necesario acomodar en la memoria las "ideas" que se recogía en los libros, pues debían estar a mano en el momento en que fuera necesario.

En el fondo de la propuesta de Hugo está la antigua concepción de san Agustín de que las ciencias nos sirven para explicar los signos oscuros que aparecen en la Escritura.

Un camino distinto del de Sócrates, pero en el fondo, la convicción de que hay un saber que se graba en el alma y que permite al hombre ser verdaderamente hombre.

13. En nuestro nuevo contexto, a partir de los años 80, el concepto de "instrumento" se convierte en sistema. Esto significa que el medio –como instrumento– se ha convertido en medio –como medio ambiente–.

Aquí surge la pregunta actual. Hemos visto las respuestas de los antiguos. Y hemos identificado semejanzas y diferencias.

14. Cuando Jacques Derrida estudia el mito de Teuth, señala un último hecho que puede ayudarnos a cerrar este ejercicio de reflexión. En el mito el disgusto del padre de los dioses por la escritura está en el hecho de que el discurso –la palabra– se independiza de su autor y padre [*hybris*]. De aquí el acento en la necesidad del padre del discurso para que dé cuenta de sus afirmaciones. Un discurso escrito es para Sócrates un discurso huérfano.

El discurso oral –en cambio– no puede quedarse huérfano, porque pierde su espíritu y desaparece junto con su autor.

En cambio el discurso escrito es un discurso que sobrevive a su padre. Para Sócrates, queda huérfano, indefenso. Para Derrida, en el fondo poner un discurso por escrito es permitirle el

parricidio [*hybris*].

15. Pero para mí, lo peor que le puede pasar al discurso huérfano no es que deba repetir siempre las mismas palabras –y de aquí la incapacidad de explicarse por sí mismo ante la incompreensión. Me parece que lo peor no es que el discurso escrito sobreviva a su padre. Creo que peor que eso es que sobreviva a su interlocutor o sus interlocutores.

Si como afirma Sócrates: 1) un buen discurso, un discurso que vale la pena ser dicho y vale la pena ser escuchado, es el que sale del alma y llega al alma; 2) y para lograr esto el que habla debe conocer el alma de aquel a quien se dirige, 3) entonces, la fijación del discurso en la escritura lleva al discurso a sobrevivir no sólo a su autor y padre; lo lleva también a sobrevivir a sus oyentes. 4) La consecuencia de esto es que no sólo perdemos el conocimiento de la intención del autor, sino también de las capacidades / las cualidades de los oyentes que determinaron la forma y las expresiones que les dio el autor.

16. Sin lugar a dudas el discurso escrito es un discurso fijo e intocable, como en cápsulas aisladas y purificadas, descontextuadas, con un padre famoso que lo hace digno del recuerdo, pero con padrastrós que se convierten en custodios de su sentido.

17. Y aquí debemos volver a Walter Benjamin, pues no podemos dejar sin considerar su verdadera preocupación. El espíritu destructivo pretende hacer espacio y su prurito sería el sentimiento contrario al “horror vacuú” –un horror al vacío–. El espíritu destructivo tiene –más bien– una propensión al minimalismo. Sin embargo no busca destruir la memoria, sino –al menos en primer lugar– su intención es destruir los “monumentos”. Este es el punto en el que se encuentran el “espíritu destructivo” con los tradicionalismos. De aquí nuestra pregunta por los libros.

18. Ray Bradbury escribió una novela: Fahrenheit 451 que habla de una sociedad donde se ha decretado por ley quemar todos los libros (F 451 es la temperatura en que arde el papel). La acción de la resistencia consiste en memorizar las obras literarias para preservarlas hasta que puedan volver a escribirse.

En medio de esta lucha encarnizada entre los incendiarios y los memorizadores, uno de los custodios de la palabra se da cuenta de que:

“... no hace falta quemar libros si el mundo empieza a llenarse de gente que no lee, que no aprende, que no sabe.” (p. 12)

Una afirmación que podría tomar forma de pregunta y sería la pregunta que les dejo.

19. Nuestro ejercicio nos ha ayudado a pensar brevemente en lo que significa escribir y lo que significa leer, pues leer es recordar. Alguien dijo que somos lo que leemos, y que somos lo que recordamos, y también que somos lo que narramos.

La ambigüedad del fármaco –remedio y veneno, pero también narcótico– de ninguna manera significa la negación de la escritura. Significa más bien un llamado de atención acerca de la lectura.

Leer significa, en definitiva, lo que se cifra en la respuesta de Telémaco a Atenea, cuando la diosa le pregunta: ¿Tú eres el hijo de Ulises? Y Telémaco le responde: “Mi madre afirma que soy hijo de Odiseo, pues, lógicamente, yo no puedo saberlo por mí mismo. No hay quien conozca directamente su estirpe.”

El trabajo, entonces, es descubrir el verdadero relato que nos recuerda quién es nuestro padre.

Esto coincide con la preocupación de Sócrates, coincide con el interés de Hugo. La narración confiere una identidad, pues dice quién es el padre y hace del lector un nuevo padre, pero sólo si ha aprendido primero como hijo.

Por eso la pregunta sobre la lectura puede formularse de muchas formas: ¿Cómo leer para que la verdad se haga presente de manera viva? ¿Cómo leer para no conocer sólo "monumentos" del saber? ¿Cómo leer para entrar en un diálogo en el tiempo, con los antiguos y con los contemporáneos?

Pero –al final– la pregunta es una sola: cómo leer para encontrar al padre y para madurar como hijos hasta alcanzar la altura del padre.

Lo demás es superfluo, es literatura inútil, es el lifting de una conciencia desorientada que no encuentra un padre y busca tíos o a lo sumo padrastros o padrinos.

Se pueden conocer las cosas a lo largo de la historia... Pero totalmente distinto es conocer el nombre que el hombre ha dado a las cosas a lo largo de la historia. El primero colecciona monumentos, el segundo se pregunta por el sentido.

Comprender la pregunta y la respuesta de los antiguos no nos ahorra el trabajo.

Nos ilustra con sus formulaciones; nos ilumina mostrándonos los caminos que recorrió intentando dar con la respuesta... nos alerta con sus intentos fallidos... y nos conforta con sus aciertos.

No tendrán nuestra respuesta. Y sin embargo nos permiten inscribirnos en esta erótica ... una búsqueda como la describe Borges:

Sólo una cosa no hay. Es el olvido.
Dios que salva el metal, salva la escoria
y cifra en su profética memoria
las lunas que serán y las que han sido.

Ya todo está ...

Y esa búsqueda lleva toda la vida, es la búsqueda amorosa de Platón. Es el amor platónico. Como termina diciendo Borges.

... sólo del otro lado del ocaso
verás los Arquetipos y Esplendores.